

## APÉNDICE

## LOS ERRORES REFERENTES Á LA MÍSTICA

**1. Doctrinas á las cuales dieron márgen los errores en la mística.**—Si exceptuamos la historia de la filosofía, apenas si es dado encontrar mundo en donde se hallen más numerosos y diversos errores que en el de la mística. Una exposición y juicio completos de tales errores pediría muy extensa obra. <sup>(1)</sup> Contentarémonos con indicar los de mayor consideración, para que, después, conozcamos exactamente los que debemos evitar, así como las cuestiones á las cuales debemos dar mayor importancia.

Esta rápida ojeada nos prestará además otros beneficios. Nos hará ver la falsedad y el peligro del triste principio que el rutinario perezoso tomó del racionalismo, á saber, que la teoría poco importa, que únicamente la práctica tiene importancia. Igualmente nos dejará ver realizado centenares de veces, de la más evidente manera, y por medio de los más significativos ejemplos, el principio que nos pareció que debíamos hacer resaltar tan á menudo en los precedentes volúmenes, y según el cual un error ó una verdad general encierra una influencia práctica tanto mayor cuanto que más allá se llevan sus consecuencias.

Entre esos ejemplos, los hay con frecuencia tan terribles

(1) Una obra que sirve para esto, en cierta medida, es la de Terzago, *Theologia historico-mystica adv. veteres et pseudo-mysticos quorum historia texitur et errores confutantur*. Venet., 1764, fol. Hállase esparcida mucha materia en Godínez-Reguera, *Theol. myst.*, y en Schram, *Theol. myst.* Inaccesibles me fueron Casnedi, *Crisis theologica*, y Casimir a Marsala, *Dissertat. mystico-scholast.* y *Crisis mystico-dogmatica*.

y tan contrarios á la naturaleza, que se nos hace imposible hablar de ellos en una obra destinada á numerosos lectores. Hubiera sido de desear, para honor de la humanidad, que las malsanas excrecencias que á la vista tenemos, y que han brotado en el terreno del dogma, del propio modo que en el de la moral, se hubieran suprimido radicalmente desde su aparición, y que jamás los hubiese conocido la posteridad.

Lo que aun habría sido mejor,—dícenos el genio de la humanidad, que se ve aquí obligado á velar su faz por vergüenza—es que los autores de tales monstruosidades hubieran permanecido en el terreno de la verdad, y se hubieran puesto bajo segura dirección, que les hubiese hecho evitar tales extravagancias.

En otros términos, la historia de tales errores es testimonio brillante de que los esfuerzos intelectuales más grandes no pueden prescindir de una disciplina y de una vigilancia severas, ni llegar á buen resultado, como no sea sobre terreno sólido, y para decirlo con mayor exactitud, como no sea sobre el terreno de la fe, de la moral y de la disciplina de la Iglesia.

Quien tal niegue, por temor de que la inmixción de la autoridad de la Iglesia en asuntos intelectuales ahoga la mente, ó que por lo menos la detiene en su vuelo, coopera á las extravagancias que acabamos de vituperar. Con el nombre de libertad de pensamiento, toma la defensa de desórdenes que atacan al honor de la naturaleza humana.

**2. Errores fundamentales de la mística tocante á las relaciones con Dios.**—Efectivamente, si se quiere aprender á conocer al hombre bajo su aspecto menos amable, tiénese, ¡ay! con sobrada frecuencia ocasión de hacerlo en el dominio de que tratamos. Aquí encontramos representadas todas las pasiones, desde el más indomable orgullo hasta las más bajas corrupciones. No hay error acerca de Dios, acerca del hombre, acerca del mundo, acerca de la misión de cada cual aquí abajo, que allí no se halle.

Compréndese que ante todo eso, una imaginación viva

llegue fácilmente á las leyendas del Blocksberg y del sábado de las brujas, y que la idea de un culto secreto del diablo haya arraigado profundamente en las almas. Gran número de hechos que aquí encontramos, son tan repugnantes, que muchas personas admíranse menos de ver en eso la intervención del espíritu maligno, que suponer al hombre capaz de perderse solo en tan horribles caminos.

Es la idea que al punto se ocurre, cuando se examinan los errores acerca de Dios.

El hombre caído no pudo arreglárselas con ese contraste de bien y de mal que todo lo penetra, como no sea deificando á uno y otro. Resultó que, así por interior atractivo como por temor supersticioso, prestóse mayor atención al dios malo y á los poderes que estaban á su servicio, y que con frecuencia también rindiósele mayor culto que al Dios de la luz.

En la antigüedad, reina el dualismo casi por doquiera; no solamente en las mitologías y en los sistemas religiosos dualistas propiamente dichos, como en Babilonia, Persia, y Egipto, ó en las espantosas sectas gnósticas, sino también en las demas religiones, en Grecia, en Roma, y Germania. Los demonios, los espectros, las legiones de seres intermediarios entre Dios y el hombre, con los cuales la imaginación mal sana de los partidarios de la Cábala y de la Gnosis habían poblado el espacio; los sortilegios á que se había recurrido para defenderse de las funestas potencias del más allá, ó para domeñarlos y subordinárselas; las prácticas literalmente diabólicas que debían servir para apaciguarlas ó para conquistárselas; la locura inhumana, la maldad criminal que con frecuencia las acompañaba, todo eso habíase extendido de tan general manera, y había de tal suerte penetrado en las almas, que se vería uno tentado á no saber qué pensar del hombre.

Pero es verdadero alivio para quienquiera que ame á la humanidad, el poder pensar que sus semejantes no son los únicos responsables de tales errores. Por más de que se haya con frecuencia abusado de la palabra *satanismo*, no

es razón, sin embargo, para que se cierren los ojos ante hechos innegables. <sup>(1)</sup> Por eso, según nuestro parecer, aquellos que exageran la inmixción de Satanás en las cosas de aquí abajo, merecen excusa, porque la caridad tiene su parte en sus exageraciones. Si atribuyen al diablo una parte sobrado grande en las acciones humanas, con frecuencia es para no verse obligados á atribuir ese papel al hombre mismo. <sup>(2)</sup>

Desde este punto de vista, la mística, ha, pues, por completo fracasado en su más elevada tarea, es decir que no armonizó los dos grandes contrastes llamados lo *de acá* y lo *de allá*, el bien y el mal, lo natural y lo sobrenatural, lo divino y lo humano.

Para llegar á ese término, el espíritu humano siguió también otro camino. Pero, según su costumbre, cayó en el extremo opuesto, el cual hállase tan lejos del justo medio como el extremo que acabamos de referir.

En tanto que el dualismo quería nivelar las grandes contradicciones ante las cuales se halla la mente pensadora, intentando colocarse debidamente, y aun á no formar sino uno con cada cual de ellas, esa nueva tendencia ingenióse en unir del más perfecto modo lo sensible y lo supra-sensible, mezclándolo todo en un conjunto uniforme. Así tomaron vida las diferentes tendencias intelectuales que se resumen bajo el nombre de *panteísmo*.

Inútil es entrar aquí en más extensos pormenores acerca de las diversas especies de panteísmo, y mostrar cómo, en el asunto que nos ocupa, los extremos más opuestos,—este error y el dualismo,—se tocan con mucha frecuencia.

Que, con el emanatismo, se considere al mundo como desarrollo de la esencia divina, ó á Dios como la inmanencia, como el contenido propiamente dicho del mundo; que, con el panteísmo de identidad, no se entienda por divinidad otra cosa que la totalidad de los seres existentes; que,

(1) Deuter., XXXII, 17. Psalm., XCV, 5. I Cor., X, 20. Cypr., *Idol.*, 7. Augustin., *Civ. Dei*, 8, 14 y sig. Euseb., *Præp.*, 4, 15 y sig.

(2) Cf. Parte segunda, conf. XIII.

con el panteísmo de la trascendencia y el panteísmo hylozoístico, se conciba el mundo como una porción de Dios, ya sea que, con el primero, se admita una nube primitiva divina cerniéndose sobre él sin haberse todavía condensado en estado de ser concreto, ya sea que, con el segundo, distíngase á Dios, en cuanto alma del mundo, del mundo mismo; que, expresándose de manera realista, se llame á Dios el conjunto de cuanto se halla bajo el dominio de los sentidos, ó bien que se idealice, que se deifique lo sensible, hasta el punto de considerarlo como mera apariencia é ilusión de los sentidos, todo eso no implica diferencia considerable desde el punto de vista desde el cual consideramos al panteísmo.

Lo que aquí es importante para la mística, es el punto común á todos los errores panteístas, á saber: por un lado, la mezcla inaudita de lo creado y de lo divino, por otra parte, el sacar al hombre del puesto que le es propio, negando la voluntad libre.

### 3. Errores en cuanto á la posición del hombre.—

Como consecuencia del primer error, el contraste entre lo divino y lo humano, entre el ideal y la realidad, considérase como equivalente del contraste entre el bien y el mal. Entonces fácil es hacer ver qué graves consecuencias deben resultar de ahí para la vida moral.

Ó bien se concibe la materia, lo sensible, el cuerpo con sus necesidades, aun la existencia, como pecado y como algo malo, como sucede con muchos errores tocante á la mística, comenzando por el budismo para llegar, pasando por Filón, hasta Scheleiermacher y sus discípulos; ó bien, por el contrario, represéntase al mal como algo puramente natural y necesario, y por lo tanto, indiferente desde el punto de vista moral, siendo entonces abrir la puerta al laxismo y al antinomismo; es hallar justificación filosófica y aun dogmática á todos los más abominables horrores.

Los gnósticos, efectivamente, los hermanos del libre pensamiento, los partidarios de Molinos y de otros miembros de innumerables sectas, cuyos nombres son menos im-

portantes, no han vacilado en recurrir á ese medio para justificarse. Y es difícil objetar nada en contra, si, según la frase de Jacob Böhme, las ideas de bien y de mal no son más que contrastes cósmicos en la naturaleza de *lo que existe*.

Mas al proceder de ese modo, ábrese camino á otro error, del cual acabamos ya de hablar, y que consiste en suprimir para el hombre, derechos, deberes, poder y responsabilidad. Ó bien, si es partidario de la teoría del mal, saca por consecuencia que no puede menos de verse arrastrado por él; ó bien, si el orgullo acude en ayuda de su inclinación al bien, cree que fácilmente cabe borrar la diferencia que media entre el espíritu y la materia, entre él y Dios, del propio modo que la diferencia entre el bien y el mal. Y entonces trata de persuadirse que puede perfectamente elevarse sobre la vida de los sentidos, que puede despojarse de las cosas de la tierra, y hasta llegar á Dios y desaparecer en él.

Numerosas sectas pseudo místicas han ciertamente enseñado ambas cosas. <sup>(1)</sup>

Por más de que el hombre haya sido aparentemente elevado por el panteísmo á una altura del todo incomprendible, eso no impide que haya sido por él sacado del puesto que le es propio, y, por el hecho mismo, despojado del poder á que tiene derecho.

Según la única manera de ver admisible, la diferencia esencial entre Dios y el hombre existirá siempre, y jamás podrá destruirse.

El contraste entre el bien y el mal nada tiene que hacer con esto. No se encuentra en la naturaleza de lo creado, sino que fué producido por la libertad de la criatura, ó, para decirlo con más exactitud, por el abuso de su libertad. No es dado, pues, hacerle desaparecer si no es por

(1) Sobre los neoplatónicos, véase más arriba, n.º 5. Sobre Amalrido véase Gerson, *Considerat. de Theol. myst.*, p. I, *considerat.* 41 (Dupin, III, 394). Schram, *Theol. myst.*, § 322, *schol.* 1. *Protest. Realenzykl.*, (3), I, 433. Véase también más abajo, V, 3, 4.

medio de la libertad humana, es decir, permitiendo á ésta su ejercicio dentro de justos límites. La diferencia natural y esencial entre lo finito y lo infinito no queda por eso suprimida. Permanece, por el contrario, tan grande, que ni aun la más elevada perfección de lo creado llenará el abismo que los separa. Jamás lo finito hará tales progresos que pueda llegar á lo infinito ó desaparecer por entero en él.

Únicamente mediante el abajamiento voluntario de Dios, por una parte, y la actividad voluntaria del hombre, por otra, hácese posible establecer un puente sobre ese abismo que, no obstante, mediará eternamente.

Manifiestamente, esta doctrina es á propósito para humillar al orgullo humano, volviendo al Icárida audaz de las celestes alturas á la tierra. En cambio, le pone sobre sólido y firme terreno; hácele dueño libre é independiente, no sólo de sí mismo, sino del mundo que le rodea. Hasta le hace centro del reino divino, de ese reino comenzado por Dios, pero del cual dejó su terminación á la humana actividad.

#### 4. Errores contradictorios en punto á la moral.—

No es de admirar que la falsa mística, que saca al hombre de su puesto tan claramente señalado, tan modesto y, no obstante, tan sublime, caiga en terrible vacilación y en curiosas contradicciones, desde el momento en que pretende entrar en pormenores acerca de él y de su misión.

Si, por ejemplo, preguntamos lo que debe pensarse tocante á la existencia, casi siempre la teoría humana nos dará al punto una respuesta que nos arrebatara el derecho de existir.

Hemos hecho ya notar, en el tomo primero de esta obra, cuánto difieren, desde este punto de vista, los procedimientos del Cristianismo y los del paganismo.

Enséñanos la Revelación que venimos á la vida manchados por la culpa, pero ni llama injusticia á nuestra existencia, ni pretende que nuestra naturaleza sea esencialmente mala. El paganismo, por el contrario, aun el paganismo griego, tan sereno, pretende ambas cosas, y considera además la vida como un castigo.

En el famoso mito de los dos corceles, Platón, <sup>(1)</sup> imitando probablemente á Empédocles <sup>(2)</sup> y á predecesores orientales, <sup>(3)</sup> relaciona nuestra existencia terrestre con un desorden que habría ocurrido en una vida anterior, y á causa del cual nuestras almas habrían perdido sus alas, y merecido ser desterradas aquí bajo.

Sabido es el error que esa doctrina causó en la especulación y en la mística cristianas, principalmente en Orígenes. Aquí, como en muchos otros puntos además, ese poderoso genio cayó en los más graves errores, queriendo seguir la filosofía platónica. <sup>(4)</sup> ¿No se creería que había querido mostrar con su ejemplo á los sabios modernos que hacen derivar el Cristianismo del paganismo, á qué resultados puede y debe llevar teoría semejante?

Si esa falsa mística profesa, desde el comienzo, doctrinas tan erróneas y tan tristes respecto del hombre, como es perfectamente natural, no debemos esperar que nos enseñe algo más placentero tocante á su misión.

Según ella, nuestra existencia, y lo que es más, todo nuestro ser, es pecado. Por lo tanto, si el hombre no quiere elegir morada en este último, quédale tan sólo una solución: desentenderse de su propia persona, aniquilarse, puesto que es él el pecado mismo.

En esta hipótesis, no basta limitar la tarea de la ascética á hacer que desaparezca el mal que penetró en la naturaleza, y á desenvolver así el bien dormido en ella, como el Cristianismo lo enseña; sino que debe acabar con el mal y con su naturaleza juntamente, porque ésta, debiendo su origen á una separación de Dios, es consiguientemente mala en su esencia.

De esa manera explícanse la falsa ascética y sus diversas tendencias.

Entre sus representantes, algunos, los más lógicos, bus-

(1) Plato, *Phædrus*, c. 25 y sig.; p. 246 y sig.

(2) Empedocles, *Carm.*, 9 (Mullach, *Phil. Gr.*, I, 1, 17).

(3) Plato, *Rep.*, 3, p. 414, c.

(4) Schawane, *Dogmengeschichte der vorchristlichen Zeit*, (2), 360 y sig.

can el mal en el grado más bajo del ser, en aquella naturaleza que, según su doctrina, es lo que más dista de la luz divina en el *processus* de separación de Dios, en la materia. Por lo tanto, toda su intención dirígese á ésta. Por medio de las más terribles penitencias, es como tratan de destruir la carne, pretensio asiento del mal. Así proceden los brahmanes, los galos y otros muchos insensatos.

Muchos entre ellos, indudablemente, han hecho la prueba de que así procediendo, no habían todavía destruído el pecado, ni mucho menos. Pero eso no contribuyó á llevarles al buen camino. No han reconocido que el mal tiene su asiento en el alma, de la cual debe expulsársele, que el ascetismo corporal, bien que sea excelente, no tiene, sin embargo, mas que una importancia secundaria relativamente al ascetismo espiritual. <sup>(1)</sup> Después, siguiendo su sentido carnal, dieron en el extremo que trataban de evitar. Pretendieron que era necesario matar la carne con sus propias armas, es decir, permitirle todos los placeres sensibles, y aun obligarla á darse á ellos, hasta verse saturada y disgustada de los mismos. Doctrina horrible, que desgraciadamente se vió representada por numerosas sectas gnósticas y antinomianas.

Otros han seguido mejor camino, es cierto, porque comprendieron que el bien y el mal son propiedades morales del alma. Pero no pudiendo desentenderse de la ilusión de que el hombre es naturalmente malo, pretendieron que, para alcanzar su perfección moral, debía despojarse de sí propio y elevarse sobre sí mismo. De ahí, viéronse llevados lógicamente á concluir que una cosa es tanto más perfecta, cuanto que se halla en mayor contradicción con la razón, con las disposiciones é inclinaciones naturales.

Los estoicos son quienes han enseñado, y con extrema exageración, esa mística contra natura. Merced á la influencia por ellos ejercida, hiciéronse, para todos los tiempos venideros, guías en esa extraña ciencia. En ellos encuéntrase ya todos esos excesos que tocan á lo ridícu-

(1) Tim., IV, 8.

lo, de los cuales la ascética hízose tantas veces culpable, principalmente desde el jansenismo.

Según ellos, todo impulso de un sentimiento humano, aun el más natural, toda manifestación de gozo, de tristeza, de compasión, de admiración, no es más que locura y enfermedad. Según ellos, es prudente aquel cuyo corazón no es accesible á sentimiento alguno, y del cual el estado normal de su fisonomía es la impassibilidad completa. Aquel que, en orgulloso aislamiento, se basta á sí mismo, es perfecto, dicen ellos. Los demás, son insensatos, despreciables y vulgares.

Mas ese orgullo desmesurado no les impidió el justificar las atrocidades y desórdenes más horribles. Para el verdadero sabio, que comprende la gran verdad de que el espíritu es quien constituye al hombre, lo sensible es del todo indiferente, decían ellos, porque no alcanza la elevación de su perfección intelectual.

Desgraciadamente, han tenido, aun en ese sentido, imitadores entre los profanadores del nombre cristiano. Los gnósticos, los hermanos del libre pensamiento, y los partidarios de Molinos son prueba de ello.

Cuando tales errores tienen cabida tocante á la fe y á la misión del hombre, es inevitable que se produzcan errores igualmente monstruosos acerca de los medios de llegar á la una y cumplir la otra. Y es lo que de hecho ha sucedido. Pero tales errores son tan numerosos, que no es posible examinarlos por menor. Pues aquí se encuentran todas las aberraciones de que es capaz el espíritu humano.

Los partidarios del espíritu en un sentido exclusivo, los falsos espiritualistas y los idealistas exagerados desechan, como no siéndoles de utilidad alguna, toda actividad exterior, los días festivos, los sacramentos, el sacerdocio, la Iglesia, <sup>(1)</sup> el ayuno, los ejercicios de penitencia, <sup>(2)</sup> las prácticas exteriores de religión, <sup>(3)</sup> los preceptos de Jesucris-

(1) Preger, *Geschichte der deutsche Mystik*, I, 177, 462 y sig.

(2) *Ibid.*, I, 465 y sig.— (3) *Ibid.*, I, 210, 471.